

tuna la esperanza y ese instrumento. Hoy Dios me da la realidad.

Y me tendió su mano brillando lágrimas en sus ojos. Doña Luz me pagó con su sonrisa mucho más de lo que me debía y ambos se alejaron. Seguíles con la vista pensando involuntariamente en la distancia fatal que separa con tanta frecuencia la copa de los labios.



IV

Quid pro quo peligroso

SOLO, en la desierta llanura del Cazadero estube un buen rato sin saber que hacer, pues me hallaba á distancia considerable de lugares habitados. Pensé en volver grupa y meterme otra vez en Arroyo Zarco, pero esto no era conciliable con la cita que había dado á Cecilio en la posada de la Soledad; una jornada de diez leguas, que recorrí sin tropiezo.

El posadero, al verme con una bandurria á guisa de bandolera, me tomó por un viajero de buen humor, y me habló de lo muy aficionado que era á la música, cual si tuviese grandes deseos de oirme. Tuve que responderle con una negativa formal y me instalé en la habitación más retirada de la casa.

Al oscurecer llegó Cecilio. Nada de particular me contó. A las once, hora en que salió de Arroyo Zarco, reinaba allá calma completa.

Esta noticia me tranquilizó acerca de la suerte de los fagitivos y resolví pasar la noche en aquel sitio.

El pobre Cecilio, que había andado diez leguas á

pie, no podía tenerse, y yo mismo necesitaba reparar mis fuerzas para reanudar al día siguiente mis investigaciones.

A la madrugada siguiente galopábamos por el camino de Celaya, en donde esperábamos hallar á don Tomás. Era un viaje de dos jornadas en las cuales tropezamos con las mismas dificultades y contratiempos que en la primera parte de esta extraña excursión. En todas la posadas donde nos deteníamos don Tomás nos llevaba algunas horas de delantera. Cuando llegué á Celaya y me apeé en el mesón de Guadalupe Cecilio registraba setenta leguas andadas desde nuestra salida de Méjico.

Pero en Celaya, como en Arroyo Zarco don Tomás se me escapó por un retraso que no llegaba á media hora. Hacía poco que saliera para Yrapuato, y por consiguiente nos pusimos en seguida en camino para ese punto. Nadie había visto á don Tomás en la única posada del pueblo, y sin embargo, era conocido puesto que el posadero me dijo que era propietario y habitaba una casa aislada al pie del Cerro del Gigante.

—¿En dónde está ese Cerro?

—Es la montaña más alta de la sierra que domina á Guanajuato. Si V. se pone mañana al amanecer llegará á la puesta del sol á casa de la persona que busca.

Yrapuato dista noventa leguas de Méjico y para llegar á Guanajuato aun tenía que andar unas veinte leguas. Además de la seguridad de encontrar allí á don Tomás me impulsaba en esa dirección el recuerdo de mi amigo el español y de su amada.

El camino de Guanajuato serpentea á lo largo de un barranco interminable; faltaba ya poco para ponerse el sol cuando llegué á aquella ciudad, cuyas escarpadas calles crucé aprisa para llegar cuanto antes al Cerro Este trozo de camino estaba cortado por

multitud de barrancos, y bien pronto tuve que arrepentirme de seguirlo. A medida que adelantábamos la naturaleza aparecía más agreste y hasta repulsiva: torrentes que rugían al precipitarse contra las peñas y algunos cuervos que graznaban sobre nosotros bastarían á contener á cualquiera, y á aconsejarle á retroceder.

—¡Ahl señor, me dijo Cecilio, este sitio me parece una guarida de asesinos, y lo menos mal que puede ocurrirnos es que nos perdamos en tal laberinto.

Aun conociendo lo verosímil de la observación de mi criado, como no había perdido el camino resolví seguir. El Cerro del Gigante, que me había parecido tan próximo, se alzaba siempre á la misma distancia, con una aureola de púrpura y dominando las cumbres vecinas con sombría majestad.

—Señor, continuó Cecilio, un vago presentimiento me dice que nos hemos metido en una aventura peligrosa. ¿Quién puede ser ese don Tomás que todo el mundo conoce en el camino y al cual, sin embargo, no podemos alcanzar nunca? Algún jefe de bandidos que tiene poderosos motivos para escurrir así el bulto. Temo que estos desfiladeros no estén tan desiertos como parecen. ¡Dios mío! diría que he visto el cañón de una carabina por entre los árboles de allá arriba.

Miré y no ví más que espesos matorrales que coronaban la cúspide. Afecté reirme de los temores de mi criado cuando, en medio del silencio, me pareció sentir que preparaban un arma de fuego. No era posible correr porque los caballos tenían que andar muy despacio entre aquellos barrancos.

De repente surgió allá un resplandor y un agudo silbido hirió nuestros oídos, resonando la detonación, seguida del ruido seco de la bala que se aplasta contra una roca.

—¡Ahl tunante, no te he acertado, dijo una voz que parecía salir de la cumbre del cerro,

CAPITULO ALPARRAQUINA

Un girón de la banderola de mi lanza me demostraba que yo había servido de blanco.

—Cecilio: trepemos á esa altura, cada uno por un lado, á ver si cojemos á ese canalla que tanto siente no haberme acertado.

—Señor: el deber de un buen criado es no separarse de su amo en estas circunstancias críticas.

Llegué á la cima, pero no descubrí á nadie en cuanto alcanzaba mi vista. Como ya no era cosa de volver atrás, lo menos imprudente era continuar mi marcha por la cordillera. Descubrí á cierta distancia un edificio grande con varias chimeneas; al parecer estaba deshabitado. Al aproximarme, su lastimoso estado me reveló una fábrica abandonada.

Al ir á asegurarnos de eso llegaba un jinete á escape con una carabina en la mano. Detúvose de pronto y me miró unos momentos con aire de duda y de temor. Luego dijo soltando una estrepitosa carcajada:

—¿Con que no es V. Remigio Vázquez?

—No, que yo sepa, respondí.

—¡Ahl caballero; cuantos perdones tengo que pedir á V.! Creí tirar á Remigio Vazquez. ¡Suerte ha sido la de V., errarle á veinte pasos cuando he apuntado tan bien! Le salvó á V. un movimiento repentino que ha hecho al tocar yo el gatillo. ¡Crea usted que lo siento vivamente!

—¿El no haberme dado? No hablemos más de este asunto, porque podría yo caer en la tentación de desquitarme, disparando á V. á boca de jarro.

—¿Y de que se había de desquitar V.? replicó en tono serio. Le creía mi enemigo y me engañaba; he disparado sobre V., sin acertarle: todo esto se compensa perfectamente y juro á V. que no le deseo ningún mal.

Le pregunté á que distancia me encontraba del Cerro del Gigante.

—Una buena carabina pondría allí una bala disparada desde este sitio, pero como debe V. flanquear barrancos y dar otros rodeos, le quedan todavía dos horas de marcha. Por esto y porque va á echarse encima la noche le ofrezco á V. hospitalidad bajo mi techo en prueba de que no le tengo odio.

El aspecto desmantelado de la casa me prometía muy pobre hospitalidad, pero la oferta parecía franca.

Además, siendo yo un viajero poco tentador para los ladrones, por mi insignificante equipaje, no debía vacilar en aceptarla.

Echamos pie á tierra, entré en la casa, y mientras él ayudaba á Cecilio á desensillar los caballos, advertí, juzgando por los instrumentos que encontraba, que la fábrica debía ser lo que se llama una *hacienda de beneficio*, en donde se da la última labor á la plata extraída de las minas.

Mi nuevo huesped, después de encender una antorcha de minero, me dijo que me considerara en su casa.

Pero indudablemente la miseria había sentado allí sus reales: observé con inquietud que no había el menor preparativo de cena. Sentéme enfrente de mi huesped, y para no mostrar impaciencia le pregunté el uso de aquellos instrumentos; pero el tiempo pasaba y... nada. Al fin le dije:

—Tengo mucho apetito.

—Y yo también, respondió gravemente.

Todavía fui más explícito, añadiendo:

—¿A qué hora acostumbra V. á cenar? Para mí cualquiera es buena, cuando tengo gana, cual ahora me ocurre.

—También á mí me es indiferente la hora, pero hoy no ceno.

Por suerte Cecilio había comprado algunos metros

CAPITULO ALFONSO

de carne seca (1) y, cambiándose los papeles, pude ofrecer una cena frugal á aquel singular anfitrión, que no se hizo de rogar. Al terminarla, le dije:

—He averiguado, con exposición de mi persona, que existe en el mundo un tal Remigio Vázquez, á quien no cuenta V. entre sus amigos. ¿Se puede saber qué le ha hecho?

—Hasta ahora no me ha hecho nada; he disparado mi carabina contra él, esto es, contra V., por pura precaución y para evitar que me haga daño.

Enseguida Florencio Planillas, que así se llamaba mi huésped, entró en extensos pormenores acerca de sus asuntos. Era uno de esos mineros obstinados, que pasan la vida luchando, con la esperanza de lograr la fortuna y que, como los jugadores desgraciados, se creen con frecuencia próximos á la riqueza, sin que los desengaños les curen de su manía. Era su historia como la de otros muchos: primero dueño de rica mina de plata, luego de una *hacienda de beneficio* floreciente, había visto terminar su filón en *borrasca* (2), y la falta de capital le había obligado á suspender las operaciones de sus talleres metalúrgicos. En Méjico una mina así abandonada puede ser propiedad del que denuncie la paralización de los trabajos. Esto constituía para él una amenaza perpetua; su azorado espíritu le hacía ver en todas partes á un rival pronto á despojarle, cuando un desconocido vino á decirle que había llegado á Guanajuato un sujeto llamado Remigio Vázquez, con la intención de aprovecharse de la suspensión de las labores: golpe rudo para Florencio; uno de esos casos en que los

(1) En las carnicerías de Méjico suele haber carne en forma de tiras, las cuales ponen á secar, vendiéndolas después como la cinta.

(2) Esta es la palabra que usan los mineros para expresar cuando los trabajos son estériles.

mejicanos apelan al cuchillo, y él había jurado la muerte de Remigio.

—No le he visto aún, continuó, pero me han dado tales señas de él, que no se me escapará. Todo el día de hoy le he buscado en vano en Guanajuato, hasta que hace poco, engañado por la escasa luz y por la semejanza de la capa de V., he creído que era él y que llevaba su audacia al extremo de venir á explorar estos sitios. Hasta verle á V. de cerca no salí de mi error; pero otra vez, si le encuentro á él me serviré del cuchillo. *El cuchillo ni suena ni truena*, como dice mi amigo Tomás Verdugo.

—¿Querrá V. decir Verdusco?

—¿Le conoce V.? Si que es Verdusco su apellido, pero se le llama Verdugo porque suele hacer justicia por sí mismo en lo que llama *asuntos de conciencia*.

Y hé aquí de que modo la casualidad me proporcionaba noticias harto interesantes. Fingiendo cierta indiferencia, pregunté á Planillas si realmente don Tomás merecía aquel apellido.

—¡Bah! esas son cosas acerca de las cuales no se lleva cuenta muy exacta.

El señor Verdusco no es egoísta, y no siempre mata por su propia cuenta: con tal que se le den razones *sólidas* (y acentuó esta palabra con ironía) se le encuentra siempre dispuesto á prestar sus servicios. Esta mañana me lo decía aquí mismo.

—¡Diablo! don Tomás es persona apreciableísima y anhelo conocerle.

A pesar de esta baladronada mi ardiente deseo de alcanzar al misterioso personaje se había disipado como el humo. Ya no debía retroceder, pero hacía fervientes votos por no encontrarle en su casa.

La noche terminó sin novedad, y á la madrugada continué mi marcha hacia allá. Armado con mi lanza y escoltado por Cecilio, me parecía á Don Quijote seguido de su escudero, en busca de aventuras. Es-

taba convencido de que no tendría asunto alguno que ventilar con el tal don Tomás; deploraba haber seguido la pista durante seis días á un matachín mejicano, pero podía haber en el fondo de esto algún *quid pro quo* peligroso. Los *bravos* de Méjico, cual los de todos lo países donde se explota ese temible oficio, principian por asesinar, salvo el reconocer luego su error y hacerse pagar por segunda vez.

Esto pensando llegué á una casa de buena apariencia al pie del Cerro.

Cerca de la puerta murmuraba un arroyo al que daban sombra algunos sicomoros. Era la misma casa que me había descrito Florencio.

Junto á la puerta un criado limpiaba un caballo de sorprendente belleza. Preguntéle si estaba visible el señor Verduzco.

—No señor: En cuanto llegó anoche le enviaron á buscar de Guanajuato para un asunto urgente que no le permitirá volver hasta dentro de tres días, y tal vez entonces tenga que salir enseguida.

—¿Y para que punto?

—Lo ignoro, respondió el criado secamente. No quise saber más, y volví grupas.



V

Lo inevitable

DE regreso en Guanajuato pregunté por la posada más económica y allí encontré á mi don Santiago Villalobos. Me estrechó en sus brazos y le pregunté lo que le había ocurrido desde nuestra separación. Me dijo que se habían realizado sus fervientes votos. Un cura, que le proporcionó la parienta de doña Luz, los había casado sin dificultad y, celebrada la ceremonia la joven había entrado en un convento detrás de cuya reja podía verla diariamente. Solo aguardaban el momento en que las diligencias practicadas por don Santiago les permitieran salir de Méjico. Sin embargo, una circunstancia le inspiraba inquietud: creía haber visto la noche antes en la calle á uno de los criados que acompañaban al padre de su Luz en la hacienda de Arroyo Zarco.

—Pero como creo ver por todas partes figuras de traidores y espías, añadió en tono alegre, quizás me equivoque, y en realidad me busquen lejos de aquí. ¿Y V. ha logrado al fin dar con don Tomás Verduzco?